

V Jornadas de Teoría del Estado. Cátedra de Teoría del Estado a cargo de la Dra. Beatriz Rajland. Facultad de Derecho. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2016.

# Las semillas del Neoliberalismo ficticio.

García, Santiago.

Cita:

García, Santiago (2016). *Las semillas del Neoliberalismo ficticio*. V Jornadas de Teoría del Estado. Cátedra de Teoría del Estado a cargo de la Dra. Beatriz Rajland. Facultad de Derecho. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.jornadas.de.teoria.del.estado/5>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ehFp/cgX>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# Las semillas del neoliberalismo ficticio

García Santiago

Si hay una época que ha sido denostada por todos los sectores desde su ocaso -y cuyo posible renacer propinó un miedo utilizado como bandera política- esta fue la etapa menemista, con un régimen económico caracterizado aun en nuestros días como neoliberal. Las críticas suscitadas a dicho régimen son incuestionables. Aquellos años están tan arraigados a la memoria popular, que podría tratarse de un “Nunca Más” desde el plano económico. Cualquier actor de la política tiene bien en claro que defender las teorías esbozadas por Oliver Williamson podría llevarlo a la ruina electoral. Y a nadie le resulta absurdo que esto sea así. Las políticas llevadas a cabo por el gabinete económico que gobernó nuestro país en la década de los noventa, sumergió a nuestra tierra en la mayor crisis de su historia. Todavía hoy son visibles alguno de sus efectos, mientras otros parecen volver a la publicidad cotidiana. Es menester dejarlo en claro; la etapa consignada como neoliberal tuvo consecuencias desastrosas en Argentina. Y por eso tal vez el título suene tendencioso y hasta molesto. Como si esto fuera poco, las medidas mencionadas provocaron otros menoscabos menos visibles. En tal sentido, como muchas ocasiones en la historia, la demonización de una etapa determinada termina provocando indirectamente la aceptación y hasta la exaltación de las etapas consiguientes -siempre y cuando estas sean distintas a la pasada-, sin tener en cuenta los vicios y errores que ella puede acarrear.

Por otro lado, el pasaje para el ciudadano común por años tan grises, sobre todo cuando se da encarnado en un partido que fue sinónimo de un cierto bienestar social, termina configurándolo con cierta desconfianza a la política en general. Y esta desconfianza es tomada por los grupos políticos dominantes como un pedido de resultados eficaces y eficientes. Es decir, se traduce como una necesidad de ver los resultados ya, y de no ser posible, descartarlo. Esta denominada *política del descarte* moldeó a la sociedad argentina del siglo XXI, generando así un cortoplacismo sustentado en la crisis de representación política.

A su vez, cuando las críticas son dirigidas a un sistema, a un direccionar determinado del gobierno, y este toma un nombre para definir todo lo erróneo -neoliberalismo-, las reprobaciones se banalizan y se terminan reduciendo a ello, al nombre. Todo ello termina por moldear la censura de la palabra, *lo innombrable*, sin tener en claro su verdadera connotación. Y es por eso, que todo lo que pueda llegar a conectarse con la palabra, termina imposible de practicar.

Con este trabajo se pretende aclarar y explicar varias cuestiones. La principal de ellas es

demostrar porque le cabe el adjetivo *ficticio* al llamado neoliberalismo argentino. Es decir, ver si en nuestro suelo realmente fue invadido por dichas políticas. Por otra parte, abordaremos las consecuencias menos visibles de la etapa menemista. La primera de ellas puede ser sintetizada como la aceptación de la corrupción como factor común de la política, mientras que la segunda es la concepción del cortoplacismo como régimen político. Por último, analizaremos porque la demonización del falso neoliberalismo hace imposible el avenimiento de una etapa liberal en Argentina, sin emitir juicio de valor alguno sobre los posibles resultados.

### El neoliberalismo ficticio

Resulta confuso a esta altura del partido el porqué de mi intento de recategorizar los años por los cuales tuvo que atravesar el país hace ya más de dos décadas. Y puede que también que el mismo no ocasione efecto alguno. Pero ante la incesante repetición popular y mediática, y hasta en muchos casos lamentablemente académica, deviene la imperiosa necesidad de distinguir el nombre respecto del contenido. Esto, sin embargo, realizando algunas aclaraciones previas.

Es innegable que la totalidad de Latinoamérica, bajo los rieles decisivos de Estados Unidos, llevó a la práctica una apertura comercial de diferentes dimensiones en cada caso en particular, y a su vez, con diferentes resultados. Empero, la sola nota distintiva de una mayor apertura comercial -característica obvia en un nuevo mundo unipolar-, no logra confluír los requisitos para tildar a un régimen de neoliberal, y ni siquiera de liberal a secas. Es más, en un mundo donde la coyuntura internacional estuvo marcada por la estructuración de bloques de naciones con el fin de profundizar el intercambio de bienes, y cada vez más de servicios -entiéndase por ello NAFTA, Mercosur, Unión Europea-, el acercamiento y las libertades supranacionales parecen más cercanos a la regla, y el aislamiento o el hiper proteccionismo cada vez más unido a la excepcionalidad. Si hasta el gigante asiático y comunista abrazó las reglas de mercado del mundo moderno, decisión que hizo hoy de China la mayor potencia económica mundial<sup>1</sup>.

Por otro lado, tampoco la apertura comercial con la mira puesta en la balanza externa, resulta una característica novedosa en nuestro suelo. Medidas similares regían nuestra economía cuando las materias primas aportaban la mayor proporción del PBI mundial. Lógicamente, a esta distancia temporal, y en un mundo enmarcado económicamente por los servicios, el resultado no sería el mismo.

Sin embargo, la más clara evidencia de que el neoliberalismo todavía no desembarcó en la Argentina, la encontramos en el término que posteriormente dio origen al Neoliberalismo: El Consenso de Washington.

---

<sup>1</sup> <http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.PP.CD>

Sintetizando, dicho término fue acuñado por John Williamson en 1989, bajo la nómina de *10 mandamientos económicos* que lograrían sacar de las profundas crisis económicas que azotaban a los países latinoamericanos en ese período. Curiosamente, la crisis en la cual se vieron inmersos muchos de los países, tiene como origen el alza -ilícita<sup>2</sup>- unilateral de intereses de los préstamos otorgados en la denominada *crisis del petróleo*, y que, en muchos casos fue tomada por gobiernos de facto. Dicha alza en la tasa de interés, provocó proporcionalmente un aumento desorbitante de la deuda externa de los países tercermundistas, que se vieron a obligados a seguir a rajatabla los diez estipulados con un doble objetivo: por un lado, lograr positivas balanzas externas e internas para así palear sus deudas con los países acreedores, y por el otro, demostrar confianza -o sometimiento- en el primer mundo, para financiar paralelamente sus políticas expansionistas. Yendo al grano, los 10 enunciados fueron:

1. Disciplina en la política fiscal, enfocándose en evitar los abultados déficits fiscales con respecto al Producto Bruto Interno;
2. Redirección del gasto público en subsidios («especialmente de subsidios indiscriminados») hacia una mayor inversión en los puntos claves para el desarrollo, servicios favorables para los pobres como la educación primaria, la atención primaria de salud e infraestructura;
3. Reforma tributaria, ampliando la base tributaria y adopción de tipos impositivos marginales moderados;
4. Tasas de interés que sean determinadas por el mercado y positivas (pero moderadas) en términos reales;
5. Tipos de cambio competitivos;
6. Liberación del comercio: liberación de las importaciones, con un particular énfasis en la eliminación de las restricciones cuantitativas (licencias, etc.); cualquier protección comercial deberá tener aranceles bajos y relativamente uniformes;
7. Liberalización de las barreras a la inversión extranjera directa;
8. Privatización de las empresas estatales;
9. Desregulación: abolición de regulaciones que impidan acceso al mercado o restrinjan la competencia, excepto las que estén justificadas por razones de seguridad, protección del medio ambiente y al consumidor y una supervisión prudencial de entidades financieras;
10. Seguridad jurídica para los derechos de propiedad.

Para sostener el calificativo de Neoliberal, deberían haberse cumplido la totalidad o gran

---

<sup>2</sup> ESPECHE GIL, Miguel Ángel "La doctrina *Espeche*: la ilicitud del alza unilateral de los intereses de la deuda externa"

parte de los presupuestos mencionados. No podemos soslayar que algunos de ellos fueron realizados, pero en la generalidad se ve a la legua que en su mayoría fueron desobedecidos, y en algunos casos, de manera desmedida.

El primer presupuesto se derrumba a pedazos al vislumbrar que el gasto público creció un 90%<sup>3</sup> en la década menemista, mientras que el PBI solo lo hizo en su mitad. La toma constante de deuda desfinanciada al agotarse el stock de privatizaciones hizo estragos en la balanza comercial interna.

A su vez, del primer financiamiento por la ola de privatizaciones no se desprendió un redireccionamiento hacia las áreas más sensibles y propensas al desarrollo. Testigo de esto es el porcentaje del PBI destinado a la educación, que entre 1989 y 1991 varió negativamente entre el 3% y el 17%<sup>4</sup>, lo que termina por tumbar el segundo de los principios neoliberales.

Asimismo, la regulación impositiva sigue siendo un anhelo lejano. Yendo más lejos, hubo aumentos impositivos<sup>5</sup> en 1995, 1996 y 1998 -y posteriormente con Machinea en el gobierno de La Alianza-, por lo que la lejanía respecto de una política fiscal amiga de las inversiones es clara. La Argentina fue y todavía sigue siendo, un infierno fiscal.

Otro punto digno de cuestionamientos lo enmarca las “moderadas tasas de interés”. A pesar de los continuos pedidos (públicos) del presidente de turno para lograr una caída en las tasas, y así alentar los procesos productivos, esto nunca sucedió, pese a algunos leves pasajes donde el control inflacionario y la inundación de dólares hizo lo suyo. Justamente, la mayor parte de la inversión extranjera de principios de los años noventa se dio en forma de los denominados en la jerga popular como capitales golondrinas, dispuestos a aprovechar las jugosas tasas de los países latinoamericanos para luego desembarcar en inversiones domésticas.

Pero si hay un punto que sirve de testigo máximo para desechar la idea de un proceso liberal, este es el atraso cambiario bajo el mote de “Convertibilidad”. Aquella ilusión monetaria que hizo de todo peso un dólar, fue el palo en la rueda en el objetivo de conseguir balanzas comerciales externas positivas. El tipo de cambio competitivo, no es otra cosa que poseer una moneda devaluada que facilite las exportaciones al resto del mundo, tendiente a acumular reservas de saldos comerciales positivos. Los períodos de devaluación de la moneda argentina curiosamente coinciden con aquellos de mayor crecimiento económico -etapa agroexportadora con la sobrevaluación de la libra y primer gobierno de Néstor Kirchner con una devaluación en términos reales mucho mayor que la aparente dan fe de ello<sup>6</sup>-. La sobrevaluación de la moneda doméstica ya ha sido un problema en las

---

<sup>3</sup> LOAYZA A. Mónica “Gasto público social en la década de los noventa”

<sup>4</sup> RIQUELME C. Graciela “Educación y distribución del gasto social en Argentina”

<sup>5</sup> CENTRÁNGOLO Oscar y JIMÉNEZ Juan Pablo “Política fiscal en Argentina durante el régimen de Convertibilidad”

<sup>6</sup> <https://grosembacher.wordpress.com/2016/03/10/paremos-el-panico-con-el-dolar/>

economías europeas de posguerra<sup>7</sup>, pero lógicamente los efectos en una economía cuyos créditos aumentaban a un ritmo creciente, y cuyas balanzas comerciales acostumbraban a negativos, fueron mucho más devastadores.

Llegando ya a la mitad del recorrido, vemos como a simple vista se ven los incumplimientos argentinos en la receta neoliberal, pero hay más. La apertura comercial no fue diseñada en los términos que suele creerse. Si bien existió y se profundizó comparándola con los años previos del radicalismo, el promedio arancelario de Argentina era tres veces superior al de los países más libres. Y el Mercosur, muchas veces señalado como el ejemplo de las políticas de libre mercado, no fue más que un ejercicio de proteccionismo ampliado, sin dotar a sus miembros de la tan soñada apertura comercial con sus socios comerciales.

Para concluir, sin dudas el acento de la etapa liberal lo otorgan las privatizaciones. Lo cierto es que las privatizaciones, al contrario del resto de los puntos repasados, sí estuvieron presentes en la economía diseñada por Domingo Cavallo. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la privatización de las empresas estatales solo provocó un traspaso de las mismas hacia las manos amigas. Este capitalismo de amigos terminó empeorando la libre competencia de las empresas privadas, generando monopolios con los recursos suficientes para emitir la totalidad de la oferta y absorber el flujo de la demanda. Y si bien no lo deja claro Williamson, el objetivo de las privatizaciones era lograr un servicio eficiente y a la vez reducir los gastos públicos, cuando el resultado fue inverso: el deterioro generalizado de los servicios antes públicos, y su posterior puesta en función con groseros subsidios que engrosaron el rojo fiscal.

La dicotomía naciente de estos años fue un espécimen raro. Por un lado, críticos que no titubean a la hora de denostar las políticas liberales, apoyando su juicio en el “claro” ejemplo de estos años, y por el otro, aquellos acérrimos defensores autoproclamados como liberales y libre-pensantes, que consideran a los años noventa como la cúspide en materia económica, ambos sin detener un minuto de su evaluación en tratar de disociar dos entes que como vimos son totalmente diferentes.

### Las semillas: corrupción y desencanto

El tránsito del medio-clasista argentino por los años menemistas, en la mayoría de los casos, lo configuró con una visión crítica y social distinta a la precursora. La ética republicana se convirtió en un atractivo con un considerable peso específico, en respuesta a la banalización de la política ocurrida en los años noventa. Por otra parte, también como respuesta a la década menemista, el descreimiento popular en las aptitudes políticas de mando terminó por realizar al ciudadano de la época en una figura rodeada por la desconfianza, y con la creciente necesidad de un sujeto

---

<sup>7</sup> CONESA Eduardo “Macroeconomía y Política Económica” cap. 1/3

paternalista capaz de resolver los problemas que años atrás jamás imaginó que iba a padecer. Esta doble vara electoral -por un lado arraigada a los vaivenes económicos adyacentes al tiempo, pero al mismo tiempo sin resignar su visión escrupulosa de la política- generaron un pasaje sostenido por un tenso hilo marcado por la ejemplaridad política y la prosperidad económica, pero que al romperse tendría consecuencias en ambos sentidos.

A cambio, la confianza otorgada por la sociedad era mucho más que el voto. El tiempo anterior todavía acechaba la memoria de sus víctimas, que en un intento de enterrar para siempre esos años dotaron al poder de turno de una autoridad cuasi medieval. La confianza se tradujo en la aceptación total del modo de direccionar la administración pública, a cambio de la estabilidad tan anhelada. Y si bien tuvo que transcurrir un lapso prudencial de tiempo, finalmente ocurrió lo más cercano a la lógica en todo gobierno perpetuado a la maquinaria de poder: el avenimiento de la corrupción.

La corrupción siempre fue un aspecto difícil de cuajar en la política argentina. Generalizada está la creencia de que es una característica más que traen aparejados los partidos políticos. Como si fuese algo así como la esencia misma del animal político moderno. Contraría a la idea del *zoon politikon* aristotélico, la idea de vivir de la política trascendió al agente de la administración pública. Afirmar que la corrupción está presente solo en el ámbito público o estatal sería desconocer el otro lado de la moneda. Y quizás esta conexión público-privada es la que terminó de definir la corrupción del siglo XXI, ejecutada tan burdamente que se convirtió en una herramienta al servicio de los partidos opositores, más como ocurriera en el caso argentino, en las manos de un partido de centroizquierda.

Justamente, el problema político de la corrupción es que invalida todo plan de actuación. No hay análisis que valga para un período si el mismo se vio inmerso en este vicio. En este sentido, toda forma de corrupción es contraria a un ideario de bien común o general. Además del obvio calificativo de injustificable, la corrupción destruye los andamios sobre los cuales fueron direccionadas las políticas públicas sociales. En una misma órbita de sesgo progresista, la corrupción es incompatible. Trasciende la lógica común el entendimiento que, un partido político que se asienta en el gobierno con un fin de bienestar social por un lado, y con miras patrimoniales corruptas por el otro, no tiene sino un único objetivo. La corrupción, entonces, destruye desde los cimientos. Luego de ella, una duda incómoda se instala en cada ámbito de actuación del mando de turno ¿acaso las banderas enaltecidas coincidieron con la ideología, o solo fue un mero instrumento para conservar la maquinaria electoral?

La aceptación de la corrupción como factor común de la política luego de la erróneamente consignada como etapa liberal, provocó un cuello de botella que al explotar se llevó consigo los últimos resabios de un posible gobierno verdaderamente progresista en Argentina, y así le abrió el

paso a la llegada de la derecha al triunfo electoral. Es que, a diferencia de los diferentes procesos de izquierda en Latinoamérica, el caso argentino no produjo una descentralización del poder adquisitivo. Testigo de ello son los índices de pobreza, que dan muestra de una baja cercana al 15%<sup>8</sup> promedio en el continente para el período 2002-2014, mientras que en nuestro país la pobreza estructural se mantuvo casi igual, mientras que la pobreza total apenas cayó unos puntos, con el aliciente de que la comparación es con la peor etapa económica de la historia argentina<sup>9</sup>. Como luego de la última dictadura cívico-militar se produjo lo que Luis Alberto Romero denominó *Democracia Boba*, dejando en claro que la sociedad era capaz de soportar cualquier situación en pos de defender dicho régimen, al concluir los años de una mayor apertura comercial, la sociedad argentina se enamoró del *Progresismo Descarado*.

El enamoramiento de la democracia, de la plata dulce, de los vaivenes alucinógenos financieros, se transforma en desesperanza cuando todo aquello que supo ser irrisorio se desvanece. Al final de cuentas, no todo era tan esplendoroso como uno creía, y posiblemente muchos años después, entendamos que tampoco fue tan malo como se nos hizo creer. Este ciclo de desencanto no solo transforma a los ciudadanos, sino también a los partidos políticos, que deben amoldarse (reciclarse) para no quedar oxidados. En algunos partidos cuya ideología parte de una amplitud que puede ser interpretada de diferentes formas, esta tarea no resulta tan compleja. Pero aquellos sectores políticos más duros, cercados en una posición inmóvil, necesitan de mucho para resultar atractivos para el público electoral. Justamente, el freno se encuentra desde lo ideológico, cuando deciden no ceder a sus principios, y así resignar la posible competitividad, prestándole funcionalidad a los partidos opositores. Esta visión partidaria y casi obsoleta poco a poco fue quedando en el camino, siempre que en los momentos en los que vivimos el pragmatismo en la política es visto como una virtud, y no como una traición, o como un defecto.

El peronismo históricamente fue y seguirá siendo experto en reinventarse. Debe agradecerse de ello a la confusión ideológica que sentaron las diferentes presidencias del homónimo. Mientras para algunos Juan Domingo Perón fue visto como el justiciero social capaz de librar las batallas de las clases populares, en otros sectores lo entendieron como el único freno posible al comunismo. En tal sentido, la mezcla de fascismo con las ideas populares, del proteccionismo con la política externa neutral que permitió ser acreedor del mundo, de López de Rega con Montoneros, hizo de Perón una figura que a posteriori fue tomada del lado más conveniente. De esta manera, repensaron la parte estratégica de la política peronista para acomodarla según el orden nacional correspondiente. De otra forma sería imposible explicar cómo de un mismo partido pueden surgir expresiones tan antagónicas como Carlos Saúl Menem y Cristina Kirchner.

---

<sup>8</sup> <http://blogs.elpais.com/contrapuntos/2015/03/pobreza-y-desigualdad-en-america-latina-1980-2014.html>

<sup>9</sup> <http://econo-miaytuya.blogspot.com.ar/2016/04/pobreza-en-argentina-actualizacion-al.html>

Entonces, que de un gobierno peronista se haya dado el puntapié inicial a la crisis más importante de nuestra historia, provocó una desesperación que se tradujo en un cortoplacismo impaciente, lamentablemente reflejado en las políticas públicas. Se pasó de la política banal y derrochadora del Menemismo, a la seriedad apática de la Alianza en busca de la ética pública. Con el fracaso económico, nos trasladamos a una figura paternalista y de nuevo peronista, como Néstor Kirchner. Y si bien pasaron doce años hasta que el Kirchnerismo fue derrotado electoralmente, la configuración política actual demuestra que el votante sacó de la mira el plano económico para volcarlo nuevamente a la seriedad técnica.

De derecha a izquierda y de izquierda a derecha. En estos últimos veinte años la política argentina atravesó casi todo el arco ideológico sin resultados positivos. La impaciencia de la sociedad hizo imposible recordar alguno de los gobiernos pasados como positivos. La *política del descarte* hizo lo suyo. No sólo el votante medio modificó su pensamiento. Las políticas públicas llevadas a cabo desde los noventa hasta hoy demuestran una inquietante preocupación en el aquí y ahora, en el rédito político. La política se transformó en un instrumento para perpetuarse en el poder, y no en una herramienta para lograr modificar los centros de poder reales. Las banderas levantadas parecen cada vez más desinteresadas en ellas mismas, pero más interesa en quienes las levantan. El amor y odio en la política no hacen más que provocar un daño terrible al proyecto largoplacista, y así, sepultar de a poco la probabilidad de una vez por todas convertirnos en una nación seria.

### Reflexión final: el difícil desembarco del neoliberalismo

La feroz crítica de la erróneamente denominada etapa neoliberal por los gobiernos posteriores, los medios especializados, y la población en general, terminó por censurar de la política cualquier semejanza ideológica a ella. La imposibilidad de disociar el término acuñado con su significado real, hizo caer toda posibilidad liberal de mostrar sus reales intenciones gubernativas.

Los infructuosos intentos de los representantes del régimen pasado de defenderlo aportaron su cuota al descontento social. Actores políticos defendiendo su labor realizada, en algunos casos indefendible, pero en ninguna oportunidad evitando referirse al mismo con el término en cuestión, logró que se instalara en la sociedad argentina un inusitado fervor contra las políticas pasadas.

Actualmente, si bien la prioridad por las políticas cortoplacistas y desacertadas, los delitos continuos contra la administración pública y el negacionismo irracional de aquello, hicieron posible el traspaso del poder a un partido calificado como de centro-derecha -a pesar de que sus medidas lo asemejan más un populismo largoplacista-, reviste una contundente dificultad la adopción de un modelo liberal.

No puede soslayarse que parte del gabinete económico -principalmente Federico Sturzenegger y Carlos Melconian- coquetean con las políticas libertarias, pero la heterogeneidad de la composición del partido hace imposible la implementación de este tipo de medidas, dado el alto contenido de impopular de ellas, sin tener en cuenta los posibles beneficios que puedan acarrear. Menos puede pasarse por alto que el sujeto a cargo de las finanzas nacionales se autodenomina como keynesiano, antípoda de todo modelo libertario. Y por sobre todas las cosas debe tenerse en cuenta que el Presidente de la Nación se autorreferenció como “desarrollista”, un término sinuoso de definir que a cobrado interés en el último tiempo, pero que desde las bases tiene más semejanzas al marxismo leninista que a la órbita liberal.

Por otra parte, el estado del Estado también interfiere en este sentido. Una de las mayores importancias de todo régimen económico es el modo de financiamiento del mismo. Adyacentemente, las épocas más vigorosas estuvieron marcadas por un financiamiento real, desprendido de superávits internos y externos, y de inversiones extranjeras directas. Mientras que en contraparte, los caminos que desembocaron en los mayores ripios, fueron aquellos en los cuales el financiamiento se produjo de manera ficticia y finita, como en el caso de las privatizaciones, o de manera escandalosa, como en los casos del endeudamiento voraz sin poseer los recursos para pagarlo. Este gobierno parece más cerca de este último supuesto, con la marcada diferenciación en que se topó con un país altamente desendeudado externamente -no así internamente-, lo que permitió la emisión de deuda. Esta emisión al no estar acompañada por superávits, sino más bien por escandalosos déficits, deduce imposible una apertura comercial con bajos arancelamiento, como así también una política fiscal en baja, estipulados base de todo sistema liberal.

Entonces, a modo de cierre, podemos concluir planteando que, la demonización continua del falso modelo neoliberal que generó una fuerte impopularidad del sistema, banalizando la discusión de fondo, e invisibilizando los posibles beneficios, más el hecho de que la estructura estatal actual no soportaría la implementación de políticas neoliberales -que acrecentaría la brecha social entre el status quo y las clases sociales más bajas- y una ideología mayoritaria del gabinete de gobierno no coincidente con la ortodoxia económica, hacen del avènement del primer modelo liberal argentino, una verdadera utopía.

## Bibliografía

- Llach, Lucas; Gerchunoff, Pablo, 1998, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Argentina, Arid Sociedad Económica.
- Romero, José Luís, 1946, *Las ideas políticas en Argentina*, Argentina, Fondo de Cultura Económica.
- Llach, Lucas; Braun, Miguel, *Macroeconomía Argentina*, Argentina, Alfaomega.
- Romero, Luís Alberto, 2016, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Argentina, Fondo de cultura económica.
- Mendieta, Villoria Manuel; 1997, *La corrupción política*, España, Síntesis.
- Popper, R. Karl, 2010, *La sociedad abierta y sus enemigos*, España, Paidós Ibérica.
- Hayek, Friedrich A., 2004, *Camino de servidumbre*, España, Alianza Editorial.
- Acemoglu, Daron; Robinson, James A., 2012, *Por qué fracasan los países*, España, Deusto S.A.
- Leiras, Marcelo, 2016, *Por qué retrocede la izquierda?*, Argentina, Capital Intelectual.
- Oszlak, Oscar, 1997, *La formación del estado argentino*, Argentina, Planeta.